

LA HISTORIA DE LOS OBJETOS Y LA HISTORIA MEDIEVAL

Almudena Blasco Vallés
Universitat Autònoma de Barcelona
Almudena.Blasco@uab.cat

En la actualidad nos interesamos por la historia del imaginario, en la línea propuesta desde hace tiempo por Jacques le Goff, porque puede ser un excelente método de análisis sobre el significado de los objetos en el mundo medieval. Y la valoramos porque nos permite obtener nuevas perspectivas sobre la literatura o las crónicas, o conseguir que las reglas monásticas extraigan el caudal informativo que llevan dentro. Examinar el imaginario puede ser un vehículo de renovación de los estudios medievales si sabemos descubrir a través de ese examen aspectos de la sociedad de aquel tiempo que no han sido revelados hasta hoy. En esta línea de investigación, los trabajos sobre el ritmo del profesor Jean Claude Schmitt en la EHESS demuestran que un análisis de la regla benedictina permite acceder a aspectos de la identidad de las comunidades monásticas hasta ahora escasamente valorados. Los monjes afrontan su identidad mediante símbolos, ya sean visuales o sonoros, haciendo realidad la observación de Roland Barthes de que *l'idéal est le rythme propre*. La lectura de la regla benedictina realizada por el profesor Schmitt en su seminario de París plantea el *grado cero* del comportamiento de los monjes dentro de un debate perfectamente descrito en los clásicos de la antropología sobre si la *regula* debe adaptarse a la vida, o, por el contrario, la vida crea la regla. En todo caso, el estudio del ritmo desde esta perspectiva ha desvelado los ‘estados de ánimo’, especialmente la lucha contra la *tristitia* y la *accedia* a través de unos apartados concretos de la regla, completando las reflexiones sobre este particular realizadas por Giorgio Agamben en su clásica obra *Stanze*. Como era de esperar, esta lectura ha abierto un campo de renovación que permite asegurar grandes posibilidades en los trabajos en curso.

Algunos historiadores actuales, como es el caso de Patricia Lee Rubin, han examinado la sociedad italiana del Renacimiento como un asunto de identidad. Centenares de pinturas y decenas de dibujos ayudaron a crear la imagen de una sociedad equilibrada, socialmente activa, poderosa en sus reacciones ante las dificultades procedentes de la economía o de las tensiones sociales. Esa identidad

florentina tiene un atractivo muy poderoso. Desde los retratos hasta los paneles que relatan acontecimientos dignos de rememoración, a las élites florentinas les gustaba verse a sí mismas como osados empresarios en un mundo de horizontes abiertos a una nueva estética y a una nueva sociabilidad. Incluso Lorenzo el Magnífico (por muy improbable que nos pueda parecer la imagen) cayó preso de este hechizo imaginario, tal como refleja su copiosa correspondencia. A los florentinos les gustaba la vida heroica que conduce a la exaltación de Orlando en las obras de Pulci y Boiardo. Esta actitud les convierte en hombres que están en el lugar adecuado en el momento preciso. En esta lectura de las imágenes que construyen el imaginario, muchos estereotipos familiares se deshacen y toman una forma más compleja, incluso perturbadora, que nos acerca a las observaciones que tiempo atrás hizo Gene Brucker sobre el caso de una mujer que se enfrentó al imaginario grupal florentino por razones personales: el caso de Lussanna contra Giovanni muestra las tensiones de una sociedad donde los jóvenes de la alta sociedad podían resultar encantadores, pero insensibles al dolor ajeno.

En ese orden de cosas, recientemente, un grupo de historiadores y historiadoras nos hemos interesado en determinar los objetos como un sistema significativo de las sociedades. Cristelle Baskins, a través del análisis de las *cassonas* florentinas, es decir de las cajas de novias, ha logrado reconstruir el papel de las mujeres vinculándolo a la problemática de género. Algo parecido detectó en los trabajos de Avinoam Shalem, que, al analizar los olifantes y otros objetos, ha permitido fijar la circularidad entre Oriente y Occidente, más específicamente entre el mundo islámico y el mundo cristiano. Estas líneas de trabajo y otras muchas que no puedo presentar en este sucinto informe me han permitido a mí, personalmente, investigar lo que denominaré, siguiendo a Arjun Appadurai, *la vida social de los objetos*.

Mis protocolos de análisis responden a la necesidad de aplicar métodos y soluciones histórico-antropológicas a los problemas que suscita la re-visitación del pasado medieval. Un ejemplo de esta metodología de trabajo consiste en extraer un objeto de una pintura, una miniatura o cualquier otro campo de imágenes, aislarla, clasificarla y analizarla, para luego compararla con un objeto real de los muchos que se conservan en los fondos de los museos. Observar la vida social de estos objetos, gracias a este procedimiento, permite comprender su función y su naturaleza política. De este modo, lo que en principio parece un objeto descolocado de la realidad, como por ejemplo una espuela, se carga de todos los significados que le dio la sociedad caballerescas.

Las representaciones plásticas refuerzan la idea de que los objetos son imprescindibles para la construcción de una imagen social, y por ello fundamentan un imaginario con la misma intensidad que los relatos literarios o los gestos socia-

les. Sentirse copartícipe de esos objetos resultaba consolador en unos tiempos de cambios acelerados. Si un personaje se identificaba en una imagen por medio de los objetos que llevaba consigo, eso significaba que pertenecía a algo mayor, más estable y más duradero que él mismo: a una sociedad que mostraba señales de construir un futuro sobre una elaboración estética. Un grupo así permitía asegurar que los hombres y las mujeres que formaban parte de él sobrevivirían a su muerte, una especie de inmortalidad para una sociedad que había hecho de la fama una razón de vida. Esa identidad, sin embargo, a veces puede ser una trampa que aprisiona a unos pocos en los valores del grupo. También aquí existe una imagen de rebeldía que se refleja en objetos singulares, que nadie más posee y que llevará a convertir la cultura de la individualidad en un rasgo de la época, como se observa en la autobiografía de Benvenuto Cellini.

El estudio de los objetos, por tanto, es una forma de dar valor a una comunidad imaginada. Y en el siglo xv se produjeron muchos casos en esta línea por medio del intercambio de objetos que llegaban a Occidente procedentes de Oriente. Ese imaginario asegura los privilegios sociales y el orden político, y nosotros podemos aislarlo siempre que en los estudios sobre los objetos significativos logremos superar la ‘niebla del tiempo’ y pasar de la mera clasificación a una observación de conjunto que se ligue con el estudio del imaginario de la sociedad.

En suma, sostener los combates por el imaginario significa, hoy en día, la posibilidad de recuperar los fragmentos del pasado que de otro modo no nos serían accesibles. Esta es la razón de ser de esta modalidad de aproximación al pasado y de la importancia que está adquiriendo en muchos centro de investigación de Francia, Estados Unidos y otros lugares.